

*Los clásicos
en una era de
globalización,
in memoriam* María
Teresa Uribe de Hincapié

Rafael Rubiano Muñoz

Profesor de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas
rafael.rubiano@udea.edu.co

N

o necesariamente una sociedad hiperinformada y unos individuos conectados a la sociedad virtual son obligadamente más responsables del saber y el conocimiento al que acceden. Hay que decir, y aún más (y hay que expresarlo tajantemente), no necesariamente las generaciones de hoy (cobijadas con la globalización) son más conscientes de procesar la información obtenida, ni más autorreflexivas de la ilustración a la que llegan. Esta excesiva era de la información, inevitablemente, no galardona o crediticia el que sea doble la libertad de pensamiento o de expresión, exclusivamente, y menos aún, otorga una capacidad para concebir que tras el saber y el conocimiento se pueda ser más elocuente, se tenga mayor solidez conceptual o se adquieran mayores destrezas escriturarias o lingüísticas.

Es de notar que, aunque haya mayor circulación de la información y que la comunicación sea más inmediata o veloz, y que se accedan a los libros de las ciencias sociales (ya no hay humanas) hoy con mayor oportunidad, no necesariamente seamos más tolerantes, críticos, pluralistas o acaso más éticos o demócratas. La era de la globalización del saber, la información y el conocimiento ha formado generaciones cuyas actitudes son singulares (mientras más escuchan más sordas son) y mientras más ven, las domina la ceguera, para utilizar metáforas de la excelsa escritura y literatura del gran escritor Saramago. No es pertinente ser censor en sí de la era de la globalización y de la información, el problema no radica en la era, sino en sus hombres y mujeres. Ahora que se cumplen doscientos años de nuestra definitiva independencia,

habría que preguntar si después de ese largo tiempo realmente nos hemos emancipado en definitiva. En fin...

La dolorosa ausencia de la profesora María Teresa Uribe y no obstante su partida, se compensa con todo el saber y la enseñanza que brindó con nobleza y honestidad en un largo tiempo y a una variedad de generaciones. Y más allá del duelo por su ausencia física, sin duda sus lecciones como maestra trascienden la eventualidad de la desaparición terrenal para colocarse en esa otra esencia humana, en ese otro ser, para decirlo con Hegel, que es el legado de las ideas, el sello espiritual inalterable, aquel «ser otro» que es la presencia intelectual. En los noventa, en un momento singular del país y de nuestra sociedad, como alumno de la profesora en el Departamento de Sociología de la Universidad de Antioquia, y posteriormente bajo su asesoría en la maestría en Ciencia Política del Instituto de Estudios Políticos de nuestra universidad, tuve el privilegio de estar bajo la dirección de la imperecedera maestra.

Ahora, tras su ausencia, recuerdo las dos enseñanzas que como sabia nutricia (inmortal) sin degradarse, para decirlo con el gran maestro latinoamericano José Enrique Rodó, en su libro *Ariel* (1900), nos legó a muchos de sus alumnos y a quienes tuvimos la gracia secular, mejor dicho el indulto o el antídoto, de escucharla, leerla y debatir en sus clases; la profe nos enseñó a saber leer los clásicos; y de otro lado, nos brindó el legado intelectual más indestructible en estos tiempos, saber ir

a las fuentes. Como alguna vez lo dijo Jorge Luis Borges de su maestro dominicano Pedro Henríquez Ureña y de su otro maestro el mexicano Alfonso Reyes, «maestro es quien con un ejemplo enseña a tratar las cosas universales», palabras más o palabras menos, maestro es quien «enseña a pensar universalmente».

El legado de la profe María Teresa tendrá que valorarse y sopesarse, más allá de su extendida producción sobre Antioquia o Colombia, sobre las guerras y sobre los conflictos del país; fue su labor de maestra la que a no pocos enseñó con su ejemplo, a familiarizarse con los problemas universales. Y pensar universalmente no es estar conectado o participar en las redes de la globalización, no es citar con pomposidad o jaborosamente libros, autores, o con la arrogancia del «enterado mediocrementemente», el hablar de los temas o problemas de moda en las mal llamadas ciencias sociales (que se han vuelto más asociales), y las humanas (que se han tornado en más inhumanas). El legado de la profe María Teresa es indestructible. En esta era de ornamentos y de fetiches, resulta más valioso en la formación universitaria saber cómo leer un clásico y, ante todo, saber qué son las fuentes. ¿Por qué?

Jonathan Turner en su libro *La centralidad de los clásicos* tiene parte de la respuesta, porque al leerlos, los clásicos son clásicos ya que se tornan en incorruptibles y trascienden el tiempo, porque dejaron huellas imperecederas, que más de lo que puede producir la corrupción del tiempo, siguen vigentes y son contemporáneos. Un clásico es clásico porque sigue siendo contemporáneo. Ante tanta vanidad y ante la arrogancia que hoy no solamente domina, sino que carcome la vida universitaria, la herencia de la profe María Teresa será incommovible. Su imperiosa capacidad para saber leer los clásicos (Gramsci, Weber, Foucault, en especial

Hannah Arendt, Hobbes, Rousseau, Tocqueville, Marx y muchos otros); nos deja una lección invaluable, en medio de esta cultura universitaria dada a citar por citar y a recurrir de modo «ocurrente» a aplicar en la investigación de modo forzado a autores o libros de última hora, que por lo demás son relecturas de muchas lecturas, en las que se pierde la autenticidad y la originalidad.

Y es que no es solamente saber leer los clásicos para un mundo complejo y complicado; la profe tuvo la destreza de saber leer esos clásicos en una realidad como la colombiana que, sin duda, difícilmente se dejaba comprender e investigar bajo ciertos conceptos y ciertas categorías. En un medio como hoy, en el que ya no se leen los clásicos, por lo demás se argumenta de modo descarado y vergonzoso que están envejecidos, y que por lo tanto, son inútiles e inusuales; las lecciones de la profe son inalterables, porque la imaginación y la creatividad son sociológicas, para decirlo con Charles W. Mills, la autoridad intelectual no está en la repetición de los conocimientos o en la *rutinización* de las modas, sino en la innovación y en la capacidad que se tiene en el pensar, en el lenguaje o en la escritura desde un lugar diferente a las corrientes o a las opiniones habituales que *mediocrizan*.

Y qué decir en el uso de las fuentes, pero de las fuentes primarias. La profe en su experticia tenía un don para ubicar o hallar el documento pertinente y el registro adecuado. La prensa, los epistolarios, las memorias, las autobiografías, los diarios de viajes, los manifies-

tos, la literatura, en fin, fueron recursos (analíticos e investigativos) que le dieron un matiz profundamente moderno e ilustrado, interdisciplinario, porque ese fue su otro don, ser capaz de ir de un campo del saber a otro, de una disciplina a otra, sin disgregarse o fragmentarse. La especialización hoy se ha convertido en el nuevo feudalismo de la globalización. ¿Qué tanto aprende hoy un estudiante citando autores de moda? ¿Qué tanta destreza o capacidad pedagógica tiene hoy un profesor que, con un discurso de moda como los de- o poscoloniales, embruja y hace de su discurso hoy un feudo de leales y de seguidores? Ni hablar de otros temas o problemas de moda, tan vaciados de pensamiento universal.

Extrañar a la profe en esa capacidad pedagógica de saber enseñar a leer los clásicos y de manejar las fuentes primarias, será el mayor vacío que deja, pero su testimonio queda intacto en su producción. Vacío porque no hay cómo reemplazar al profesor que ha creado e inventado una forma de pensar, de expresar, de hablar o de escribir, en un sello sinigual, es la piel del docente en clase. Y vacío también en medio de una generación de profesores que, por ganar un espacio y tener una plétora de seguidores y leales, acomoda con astucia autores o temas de moda, cita el último artículo o se ahoga emotivamente en el último foro, congreso o evento participado. Pero ni un nuevo hallazgo, ni una idea creativa y, menos aún, ni una innovación en las ideas o en el patrimonio intelectual o cultural, sencillamente, autoritarismo mediante discursos repetidos de otros y lenguajes empobrecidos con temas o problemas de moda.

Así que la obra, el pensamiento y la presencia de la profe María Teresa no sucumbirá a la corrosión de los tiempos, porque como otros maestros de la Universidad que se fueron —Carlos Gaviria Díaz, Jairo Iván Escobar Moncada

y otros—, su legado, ojalá sea así, perdurará, y como diría de nuevo el mexicano griego azteca latinoamericano, Alfonso Reyes (a quien no han leído los hoy de- o poscoloniales) al hacer el prólogo de el gran maestro y edificador del pensamiento latinoamericano, Justo Sierra: «gracias a ellos no nos han reconquistado el desierto y la maleza», porque nos dejaron las herramientas en el saber y pensar, en el saber leer y escribir.
